

KATHY SERRANO

AE
& I



EL DOLOR
DE LA SANGRE

 Planeta

A E
& I

El dolor de la sangre

Autores Españoles e Iberoamericanos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

El dolor de la sangre

© 2022, Kathy Serrano

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño
de Editorial Planeta Perú

Diagramación: Susana Tejada López

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N°. 425, of. 704,

Magdalena del Mar

Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2022

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-742-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2022-02895

Impreso en Quad Graphics Perú S. R. L.

Av. Los Frutales N°. 344, Ate-Vitarte, Lima 3, Perú

Lima – Perú, abril 2022

Kathy Serrano



El dolor de la sangre

A Ricardo Sumalavia, por iluminar el viaje y mi vida.

A Omaira y Víctor Serrano, por el amor.

Mi madre sí está. Porque yo soy ella.

Ordesa, Manuel Vilas

*Si alguien pregunta: «¿Qué son esas heridas
que traes en el pecho?», la respuesta será:
«Son aquellas que me hicieron en la casa
de quienes me aman»*

Zacarías 13:6

1

Lo mataron. Así dice el mensaje virtual. Lo envía Carla, la hermana mayor. Dice: Cariño, lo mataron. Mataron a su hermano en la casa de mamá. Lo colgaron de los pies en las vigas del patio central. No se sabe hace cuántos días. Recién hoy descubrieron el cadáver. Le estaré contando lo que decidamos. La internet está fallando mucho. Le escribo más tarde. La quiere, C. La pantalla del teléfono se estira, se agiganta, ocupa todo el espacio, arriba, abajo, al frente. Las letras se mezclan, se superponen, se reordenan de nuevo, y Martha lee y vuelve a leer.

LO MATARON

Las pantallas se multiplican, y con ellas el mensaje, las frases, las letras. Martha corre, va corriendo por calles repletas de gente que no la ve. Calles de aquí. Calles de allá. Y por fin la puerta marrón con sus ventanitas abiertas. Sí, se dice a sí misma Martha. Es la puerta de la casa de mamá. La puerta de antes, de cuando el papá vivía y venía a visitarlos, y ella tenía siete, casi ocho años. Ahora está en la sala y desde allí, a través de las paredes, ve el patio central con su brillante piso rojo, inundado de cera, recién pulido por aquella máquina redonda que años más tarde odiaría por pesada, por obligación.

Y ya está allí, en medio del patio, y no quiere mirar al techo, a ese techo de gruesas vigas de madera que el papá instaló solo, sin aceptar ayuda, para no desperdiciar un solo centavo en ningún obrero. Y, entonces, Martha ve al papá colgando y la escalera en el suelo y él le grita que busque ayuda, y ella no puede moverse y los ojos del padre la miran con furia, pero ella es muy pequeña, minúscula, y un grito de la madre jala la mirada de Martha, y la ve, a la madre, llorando, tirada en el suelo de la cocina, aferrada a algo que no distingue; la sujetan las dos hermanas, Carla, la mayor, y Marisol, la segunda, y la mamá levanta su rostro y la mira, a Martha, con furia, y poco a poco se esfuma, y las hermanas se esfuman, y al girarse Martha se ve recorriendo aquella casa de nuevo. Va hacia el patio central, pero ahora es adulta. Otra vez no quiere mirar hacia arriba. Se repite a sí misma que ella lo sabía, que esa noticia llegaría tarde o temprano. Lo mataron, lo mataron porque él se lo buscó. Y ya no puede moverse. Y escucha a sus espaldas esa voz, la de su hermano, que la nombra y, entonces, despierta.

Martha se incorpora un poco, cruza las piernas y se recuesta en el respaldar de la cama. El ojo derecho le salta, las manos le hormiguean. Hace cinco años que ese sueño no la visitaba. Observa la habitación. Le gusta lo que ve. Las paredes, las sábanas, las cortinas, todo blanco. Sí, en esa habitación se siente segura. Le incomoda la sensación de un cuchillo cortando su tráquea. Busca agua, la tiene junto a la cama en un tomatodo en forma de lente de cámara antigua. Respira, se dice a sí misma. Puto sueño. Debería sacar cita con Sara. Necesita verla. Hace meses que no va a terapia. Agarra su celular y lo enciende. Una retahíla de mensajes se anuncia con pequeños silbidos. Le gusta silbar; le recuerda a su cantante favorita. Salta de la cama, sale de la habitación, y con desgana toma el control de la televisión de

cincuenta y tantas pulgadas y le da *play* a la lista de música. Comienza «Lost on you», mientras pone una cafetera con agua a hervir. Tal vez fue la llamada de su mamá la noche anterior. No debió permitirle. Pero no encontró la forma de callar a su madre mientras le describía cada una de las dolencias que la aquejan o le enumeraba los errores de Carla y Marisol, y por más que le había pedido mil veces que no le hablara de él, de su hermano, de Rodrigo, su madre no le hacía caso. Es eso, piensa Martha mientras se sirve el café con un toque de vainilla y canela, otra vez la he dejado invadirme con sus cuentos.

Abre la ducha y el agua fría la remece. Tendrá que apurarse. Se le fue el tiempo respondiendo los mensajes de la galería del Centro Cultural, las fotos llegarán en un par de horas y quieren verla antes de comenzar el montaje. La exposición la entusiasma a pesar del estrés. Fotografías de escritoras en lugares insólitos. Por primera vez solo mujeres. Hacerlas fue de lo más divertido de su carrera. Inolvidable fotografiar a la Pacheco, parada de manos con Machu Picchu al fondo, o a la Guerrero, en la cima del edificio más alto de Lima con la ciudad a sus pies. Treinta autoras, treinta fotografías insólitas. Luego almorzará cualquier cosa en el restaurante del centro y allí aprovechará para revisar el contrato de la revista *Novias.com*. La sesión promete aburrimiento, pero la paga lo vale. Estira su brazo buscando el jabón de maracuyá con semillas de linaza, pero no lo encuentra. Maldice. Se olvidó de comprarlo. Abre la puerta de vidrio y se inclina hasta alcanzar el jabón de manos que reposa sobre el lavabo. Por suerte también es de maracuyá. La espuma se desliza por la serpiente tatuada en su espalda. Damasco, su agente para el extranjero, la ha llamado. No quiso adelantarle nada, pero, al parecer, hay una nueva propuesta. Un olor la incomoda. No logra descifrarlo: es como si se hubiese deslizado por el agua.

Es un olor agrio. Entonces recuerda el baño verde de la casa de su madre, lo recuerda ocupado por Rodrigo. Y en ese instante se da cuenta de que está jodida; de que, a pesar de la distancia entre sus dos países, él ha regresado a su cabeza y amenaza con quedarse.

El taconeo firme, acompasado con sus silbidos, anuncia a Martha. Llega tarde al Centro Cultural. La encargada de la galería la espera en lo alto de la escalera. Es bajita y sorprende con su voz gruesa. Lleva una sonrisa tatuada y sus mejillas rojas la delatan: quisiera decirle a la fotógrafa un par de cosas, pero elige darle la bienvenida y le asegura que no hay problema con los tiempos. Martha la sigue mientras imagina que dentro de ese cuerpo tan pequeño vive otra mujer. La encargada explica rápido, como si no necesitara respirar. Le muestra los cambios en la disposición original. Lo decidieron cuando comenzaron a distribuir en el espacio las fotos ya montadas en marcos blancos, negros y rojos. Martha está de acuerdo. Las fotos han quedado mejor de lo imaginado. Pintaron una de las paredes de rojo sangre. En el centro han colocado un cubículo transparente dentro del cual ya está armada una instalación con libros, cuadernos, plumas, lápices y otros objetos donados por las escritoras protagonistas de las fotografías. En otro espacio cuelgan algunas fotos que simulan hologramas de escritoras muertas en los últimos cinco años. La encargada le describe lo que aún falta por hacer y le promete que antes de medianoche habrán terminado con el montaje. Pero Martha, por momentos, no escucha. Se queda mirando la pared rojo sangre y cree leer LO MATARON

en grandes letras negras. Se pregunta si no debería llamar a su madre, si el sueño que ha regresado después de tantos años no tendrá algún significado. Por un instante le preocupa recibir malas noticias. El sonido de su celular la saca de sus pensamientos. La encargada se disculpa, debe subir a la oficina, pero le asegura que la mantendrá informada del desarrollo del montaje. La inauguración al día siguiente será impecable, ella lo promete y se va.

Sara, su terapeuta desde hace seis años, no le ha contestado el mensaje. Martha busca una mesa libre donde estar sola y pasar desapercibida en el restaurante del Centro Cultural. Abre su *tablet*. Revisa algunos correos mientras se come una hamburguesa con doble queso, sin cebolla, y una porción de papas fritas. Cuando era niña abrieron cerca de su casa un lugar donde vendían hamburguesas gigantes. Por un tiempo fue el paraíso. Ese lugar es uno de los pocos recuerdos alegres que guarda de su hermano. ¿Seguirá abierto después de tantos años? Muerde la hamburguesa y el sabor la traslada a aquel mostrador ante el cual una que otra vez Rodrigo pidió un par de esos enormes panes rellenos de carne chorreante para llevar y compartir. Se regaña a sí misma por dar paso a los recuerdos. Ya no quiere pensar más en él.

Sigue abriendo sus correos y redes, todo al mismo tiempo. Generalmente, mientras trabaja, mantiene una decena de ventanas abiertas en su *laptop* o en la *tablet*, y hasta en el teléfono. Despacha algunos correos mientras se acaba las papas fritas. Pide una cerveza, que recibe sin mirar a la camarera. Solo la botella, se le oye decir mientras sus ojos y su mano derecha se desplazan entre las pantallas de la *tablet* y el teléfono. Una solicitud de amistad en dos de sus redes virtuales le llama la atención. Un tal RBB acababa de colocarle «me gusta» a una veintena de sus fotografías y publicaciones. Entra a revisar el perfil, pero no encuentra casi nada. Solo la fotografía

de una camioneta futurista y ningún acceso a sus contactos o información personal. Le causa curiosidad, pero el tiempo se le ha acabado. Tendrá que correr para llegar a su próxima cita.

Damasco la está esperando en su oficina nueva: un espacio de paredes transparentes en un piso quince con vista al mar. La luz de la tarde atraviesa el lugar y le imprime un sello de libertad absoluta. Las fotografías que Martha le ha obsequiado se muestran ahora en la galería privada que funge de sala de reuniones.

Damasco, orgulloso, le muestra todo, hasta una pared del baño que ha diseñado utilizando fotografías minúsculas de todos sus representados. Ahora también manejo a gente de la televisión, le dice. Se ha dado cuenta de que puede abarcar todos los rubros donde se necesite un mánager, representante o algún intermediario. Martha se queda pensando en cuánto ha crecido Damasco. Lo recuerda solo cuatro años atrás con aquellos *jeans* desteñidos, el pelo largo y desgredado, jurando que jamás cambiaría, y lo ve ahora con aquellos pantalones ceñidos a su delgada figura, el saco impecable de corte moderno y esos zapatos que no deben haberle costado menos de ochocientos dólares. Damasco le lee la mente. Mientras le sirve una cerveza helada, de las preferidas de Martha, le dice sonriendo, sí, querida mía, ahora me he vuelto un puto fashionista. Se le ve libre y exitoso.

Damasco comienza preguntándole si aún conserva la nacionalidad venezolana. Ella asiente distraída. Él insiste, pero ¿la tienes o no?, y ella le responde que sí, que claro, que jamás renunciaría a su nacionalidad. Sin embargo, piensa que hace rato que solo se mueve con su pasaporte peruano y que no recuerda si tiene el venezolano vencido. Damasco entonces se lo dice: la quieren en Venezuela para una sesión de fotos de la hija de un ministro. Las fotos aparecerán en una reconocida revista acompañando un especial sobre la vida de

la muchacha, que tiene aspiraciones políticas. Lo llamaron directamente y le dijeron que ya habían revisado la trayectoria de todas las fotografías que representaba y que querían los servicios de Martha Rondón. Damasco le confiesa que quiso averiguar más, pero que, sutilmente, el hombre con el que conversó le solicitó que no hiciera más preguntas y le envió, de inmediato, un borrador de contrato con una propuesta económica imposible de superar. Damasco le asegura que ya averiguó todo y que la propuesta viene con todas las seguridades del caso. Martha se queda mirándolo. Piensa en el sueño. En Rodrigo. En su casa en San Cristóbal, la ciudad al occidente de Venezuela donde nació. Piensa en su mamá. En los años que tiene sin verla a ella, o a sus dos hermanas y a Rodrigo. Sobre todo a Rodrigo. Desea decir que no, que de ninguna manera, y se escucha a sí misma diciéndole a Damasco que quiere pensarlo y a él respondiéndole que solo puede darle veinticuatro horas, que logró negociar para que esperen a que la inauguración tenga lugar y ella pueda viajar sin problemas. Si acepta, saldrá hacia Caracas en dos días.